

La riqueza revolucionaria

Las revoluciones tienen —siempre— la necesidad de reflexionar sobre sí mismas. Una revolución, de cualquier signo y en cualquier país, es, sobre todo, un deseo de reinventar la sociedad y el mundo. Algunas hasta creen necesario cambiar de calendario, o de designación de las medidas de tiempo (como hizo la francesa, hasta que la fórmula se quedó precisamente en eso, en fórmula, y, por tanto, en caricatura de sí misma). Portugal no es, naturalmente, una excepción: es más bien un ejemplo, y las reflexiones sobre el alcance y los propósitos revolucionarios es casi una obsesión en sus dirigentes militares y políticos. Los ocho días que ha estado reunido en la base naval de Alfeite el Consejo de la Revolución —militar— es una de esas largas y difíciles reflexiones de la revolución sobre sí misma.

La idea de preservar el impulso y el proyecto revolucionario es también una de las cuestiones más arduas de las revoluciones. Trotsky proponía la idea de una revolución continua o permanente. En China se ha ensayado de alguna manera —la revolución cultural fue una parte importante en esos ensayos— la posibilidad de permanecer continuamente en revolución, sin dar tiempo ni ocasión a la esclerosis que, al cabo de un tiempo, suele afectar a todos los movimientos. La revolución soviética ha estado continuamente sometida a procesos de renovación, sobre todo, a partir de la muerte de Lenin, movimientos que han ido dejando al margen una serie de «reformistas», «revisiónistas», «desviacionistas» que han llegado a pagar con su vida todos los intentos de revolución dentro de la revolución.

Las revoluciones no suelen tener un propósito formal. Tienen unos ideales que pronto se revelan imposibles en su aspecto totalizador, y están, sobre todo, movidas por la intención de destruir un orden vigente que los revolucionarios consideran como injusto. Construyen, después, lo que pueden y como pueden. De la sociedad que cae en el momento revolucionario sólo se destruye, siempre, una parte muy pequeña: la forma del poder, los grupos que lo ejercen, la constitución o los principios básicos. Pero una sociedad en sí tiene unos pesos tremendos de organización, de mentalidad arraigada, de costumbres, que terminan mezclándose con el proceso revolucionario. Pesan, enormemente, las circunstancias exteriores. En la Rusia de 1917 se cruzaron dos revoluciones —menchevique y bolchevique—, y se sumaron los pesos de la guerra civil, el hambre, la presión exterior, el «cordón sanitario», los ejércitos expedicionarios extran-

jeros: todo ello dio una resultante determinada, como lo dio en Cuba el bloqueo de los Estados Unidos, la necesidad de acudir a la URSS, los intentos de subversión violenta por parte de los exiliados de Miami y de la CIA...

La revolución contemporánea con menor densidad de proyectos para el futuro ha sido la portuguesa. Se trataba, ante y sobre todo, de derribar al largo y nefasto régimen antiguo. Los jóvenes militares protagonistas han explicado claramente que en aquel momento no tenían ideologías concretas. Los partidos políticos tenían, en cambio, los programas permanentes de sus dogmas y creencias: si en algún momento habían entablado acciones comunes era por razones coyunturales. El abanico de la oposición iba desde una derecha moderada, de carácter liberal, hasta los comunismos extremos de los «izquierdistas» o «gauchistas». Cada uno, con su idea más o menos utópica de lo que podría ser Portugal el día en que el régimen fuese derribado: y sin que ninguna de esas utopías coincidiesen. En el momento del 25 de abril no había más programa único que el derribar al régimen e instaurar otro que fuera lo contrario: esto es, la democracia parlamentaria con todas sus libertades y con todos sus partidos. Todas las opiniones políticas y militares coincidían en ello: entre otras cosas, porque el pluripartidismo significaba para cada partido la posibilidad de existir. Así se sorprendió al mundo con la revolución florida, sin sangre y sin víctimas, con unas represiones escasísimas —apenas para unos cuantos torturadores— y con un rostro sonriente. Algo así como un 14 de abril de 1931 en España. Al cabo de los quince meses, algunos revolucionarios de entonces se interrogan acerca de si esto fue un error.

El general Otelo Saraiva de Carvalho, que tiene en sus manos una fuerza temible —el Copcon, o comando operacional del continente: una fuerza militar de orden que puede convertirse en policía política en algún momento de este proceso—, es de los que creen que pudo ser un error. Tiene la nostalgia de que una sangre derramada entonces hubiera podido adelantar en muchos años el proceso revolucionario, hubiera limitado las posibilidades del enemigo (es decir, de los regresivos, de los del antiguo régimen). Es una de las lamentaciones de muchos chilenos allendistas: si la revolución de su país se hubiese hecho con dureza, no habría sucedido la contrarrevolución más dura que haya conocido la historia del país. Saraiva de Carvalho ve como posible una contrarrevolución que sería implacable. «Esperemos que no tengamos que ▶

El alboroto de Italia tras el de Portugal es sonoro, pero en ningún caso imprevisto. Italia es una admirable ilustración de toda esa parálisis de la derecha europea que se muerde la cola. En la foto, manifestación de militantes del PCI frente al cuartel general del partido en Roma.

en la vida de las regiones y de las colectividades locales». Un llamamiento que va más allá del mero partido socialista y de las otras formaciones de la izquierda: concurre a la agrupación de «fuerzas democráticas», o sea, a la propia democracia cristiana. Es, una vez más, su llamamiento a la «alianza histórica». El PCI no busca un frente popular, que tendría todas las enemistades del mundo, todas las amenazas que una vez cayeron sobre Chile, que se esgrimen contra la izquierda unida francesa y que cercan a Portugal, sino una entrada en el gobierno con la DC y el PSI. Aspiración modesta, pero realista, por parte del partido que es el segundo del país, a unas décimas de porcentaje del primero, y que podrá ser el primero si la situación se inmoviliza. Y aspiración, sin embargo, difícil. ¿Qué haría la OTAN, qué haría Kissinger y qué Ford, si un segundo país de la alianza tuviera un ministro comunista? No: la democracia cristiana no podrá decidirse a esta alianza histórica, pese a una presión de su «ala izquierda»: la cual intenta ya defenestrar a Fanfani, tan culpable, tan rígido, y encaminarse por la línea de Rumor: más dúctil, más «italiano».

La «respuesta al desafío» parece ser la misma de siempre, la misma de los políticos eternamente deslumbrados por el fulgor del poder (el rayo no está en su mano, sino ellos en manos del rayo), que es la de incidir, la de abundar en los mismos errores que les han llevado a esta pequeña catástrofe. Rumor es quizá quien, dentro de los poderosos del partido, más claramente ha visto que, según su frase, «nadie puede ilusionarse y creer que todo continuará como si no hubiese sucedido nada».

BSERVEMOS, sin embargo, que el dictado del inmovilismo no es solamente nacional en Italia o en los países europeos en los que los poderes no advierten que están perdiendo su plasticidad política y que la repetición de sus dogmas en lugar del estudio y la adaptación a las situaciones nuevas no puede producir más que los mismos efectos negativos. Es una consigna imperial. Es una consecuencia del recrudescimiento de la política de guerra fría por parte de los Estados Unidos. No olvidemos que Ford y Kissinger hicieron un alto en Italia, en su reciente periplo europeo, con la idea de que su presencia y sus palabras de aliento podrían favorecer a los partidos de la derecha. Son otros que no se han enterado de su verdadera condición, y de que su espaldarazo, hoy, no hace más que perjudicar —desde el punto de vista de las mayorías de la opinión pública— a aquellos que lo reciben. Otros que no se han enterado de que la vieja línea imperiar ya no sirve en el mundo de hoy, y que deben hacer un mayor esfuerzo de imaginación para buscar fórmulas políticas nuevas.

ES un problema de la derecha internacional (o, por lo menos, del sector de los países de buen y medio desarrollo) que no sabe cómo resolver, a pesar de las iluminaciones de algunos de sus prohombres que, finalmente, no reciben más que denuestos de los suyos. ■

ALIANZA EDITORIAL

El libro de bolsillo

Novedades

Hermann Hesse

Lecturas para minutos

LB 529, 80 ptas.

Lloyd G. Reynolds

Los tres mundos de la economía: capitalismo, socialismo y países menos desarrollados

LB **569, 160 ptas.

Antología del feminismo

Introducción y comentarios por Amalia Martín-Gamero

LB **570, 160 ptas.

Elliot Aronson

Introducción a la psicología social

LB **571, 160 ptas.

Constantin Stanislavski

La construcción del personaje

LB **573, 160 ptas.

Reediciones

Franz Kafka
América

LB *344, 120 ptas.

Friedrich Nietzsche
Así habló Zaratustra

LB **377, 160 ptas.

llenar de contrarrevolucionarios la plaza de toros de Campo Pequeño, antes de que los contrarrevolucionarios nos encierren allí a nosotros». Palabras graves, palabras que horrozan no sólo a las posibles víctimas, no sólo a los moderados, sino también a quienes forman parte del mismo Consejo de la Revolución, o a algunos de ellos. Quizá, a una mayoría bastante sólida, a juzgar por el resultado final de los ocho días de deliberaciones: un nuevo canto al pluralismo y a los partidos políticos. Se había esperado de ese Consejo todo: desde la formación de una especie de partido único, o de movimiento popular —que apoyaría el partido comunista—, hasta una dictadura militar. Los corresponsales occidentales —que han recibido algún vapuleo en el comunicado final— acentuaban todas esas posibilidades. Su objetivo estaba claro: asustar a sus respectivos países con el final «inevitable» del proceso revolucionario, o sea, la dictadura; o el comunismo. Muchos han escrito que Portugal estaba ya a punto de ser una democracia popular.

Sin embargo, asienta sus principios del 25 de abril de 1974, algo modificados y matizados por el tiempo y los sucesos transcurridos. Pluripartidismo, pero dentro del pacto de los partidos con el Movimiento de las Fuerzas Armadas; Asamblea, pero solamente constituyente, redactora de la constitución que ha de estar dentro también del proceso político propuesto por las F. A.; la otra Asamblea, la que podría ser soberana, vendría en un plazo de tres a cinco años, tras unas elecciones generales. (¿Quién sabe cómo será el futuro que en Portugal habrá dentro de esos tres a cinco años?) Y camino al socialismo. Es un socialismo tercermundista, consciente de su debilidad económica, de las condiciones en que invierten o invertirían los capitales extranjeros; dentro incluso de las alianzas generales con los países de Occidente (solicitud de ingreso en el Mercado Común, que se encontraría así con una economía socialista en su seno; en la OTAN, que se encuentra ya con el embarazo de contar con un país con un ministro comunista).

¿No hay enormes contradicciones en todo este proceso? Tantas que no se puede hablar concretamente de proceso, en el sentido de sucesión de fases de un proyecto previsto. En Portugal no se realizó el 25 de abril una revolución, sino que cuajaron una serie de revoluciones simultáneas y distintas, hasta contradictorias entre sí (una de las principales revoluciones de carácter contradictorio ha sido ya desplazada, la de Spínola, pero el spinolismo está entre las amenazas de lo que puede volver a plantearse). Insistimos en que no es ninguna exclusividad de Portugal y que toda la historia está llena de ejemplos (los más visibles, los que todo el mundo conoce: Nasser y Nasser, Chiang y Mao Tsé-Tung, Mao y Lin Piao, Ben Bella y Bumedian...). Todas estas revoluciones simultáneas se siguen manifestando al cabo de un año. Hay un proceso evolucionista sobre la fór-

mula de «azar y necesidad» que es el que va determinando día a día —casi hora a hora— el desarrollo de la revolución portuguesa. Conflictos como el de «República» o «Radio Renascença» son puras anécdotas en ese complejísimo desarrollo. No sin su interés académico, sobre todo, en país que está elaborando sus propias doctrinas, como las dudas y las tremendas discusiones acerca de si el personal que trabaja en un medio de difusión tiene o no derecho a participar en la vida política y en la información política de dicho medio. Planteada la cuestión como un simple caso de abuso de poder del partido comunista sobre el socialista, de un enfrentamiento más entre los dos grandes grupos de la izquierda, tiene desde luego una importancia política práctica; pero pierde toda su riqueza revolucionaria. Que es la de discutir el tema profundo de quienes tienen derecho a la información. Hay en este momento tres posturas distintas: la de los extremistas de la izquierda, para los cuales los obreros que trabajan en un medio de información tienen el derecho de participar en su política; la del partido comunista, que entiende que obreros y redactores deben estar al servicio del estado revolucionario (en este caso, al de las Fuerzas Armadas) en razón de que son un servicio público en una situación excepcional, y de los socialistas, según la cual en un régimen pluripartidista y de libertad de prensa cada uno debe tener sus órganos de información y de expresión. Tres posturas de indudable honestidad y de utilidad dentro de la revolución portuguesa, pero que no casan entre sí. Por ello, este tema se presta a todas las discusiones posibles, y forma parte de la hechura, de la creación de la revolución portuguesa;

por ello es difícil de resolver de una manera unilateral.

Es decir, se están tratando de problemas que afectan a la libertad colectiva y a la libertad individual al mismo tiempo que a la revolución. Problemas en eterna discusión en las jóvenes sociedades de la izquierda, en la Checoslovaquia de Dübček como en el Chile de Allende. ¿Puede un exceso de libertad dar paso a los enemigos, que la sellaran para siempre (o por un largo tiempo histórico)? ¿Puede la restricción de la libertad dar al traste con los propósitos de la revolución? Son problemas que los contrarrevolucionarios jamás se plantean, porque su forma de actuar en las sociedades es esencialmente distinta: se trata solamente de la conquista del poder y de la ocupación de los puestos clave en la administración de los bienes nacionales. Podría no plantearse una revolución, pero en ese caso perdería sus principales atributos. Que son los de la reflexión y la busca de la vía más justa y más real. Podrá, quizá, ocurrir que una revolución perdida por exceso de legalismo y de respeto a los demás, como la de Chile, fuese más eficaz para el futuro de la izquierda que una revolución ganada y sostenida por la fuerza; podría ocurrir que las reflexiones de «Che» Guevara y de su teórico Régis Debray, aún con el tremendo fracaso final, fuesen también mucho más eficaces que otras victorias del campo revolucionario.

El desarrollo revolucionario en Portugal, con todas sus contradicciones actuales, con la elección a tientas cada día de uno de los muchos caminos que cada día se abren, es de una enorme riqueza. Aún dentro de todos los riesgos que comporta cada toma de posición. ■

MUNDO COMUNISTA

La reunión de La Habana

● Se ha celebrado en La Habana una reunión de partidos comunistas de América Latina y Caribe. El comunicado final, firmado por 24 partidos, entiende que la colaboración con ciertos elementos de la burguesía es «indispensable» para luchar contra el imperialismo americano. Los métodos de lucha más distintos son válidos, como lo demostró la revolución electoral de Chile; pero que también el caso de Chile enseña que las conquistas del movimiento revolucionario «deben ser defendidas con las armas», aludiendo a la idea marxista de que las clases del régimen antiguo «no abandonan voluntariamente el poder, sino que lo defienden con uñas y dientes».

El «enemigo principal» es el imperialismo norteamericano; «el nacionalismo debe ser transformado en posición antiimperialista y revolucionaria en la medida en que las

fuerzas entran con resolución en la batalla y en que las contradicciones entre los gobiernos nacionalistas del continente y el imperialismo se acrecientan».

Considera el documento que la alianza contra el imperialismo se basa en «las tres grandes corrientes de nuestro tiempo», que son «el sistema socialista mundial, la clase obrera internacional y el movimiento de liberación nacional».

Toda esta línea comunista oficial latinoamericana es de carácter soviético, y condena el desviacionismo, chino: sobre todo, la existencia de grupos maoístas en Hispanoamérica: «grupos de seudorrevolucionarios que, con un falso radicalismo, dividen la izquierda, atacan a los partidos comunistas, bloquean el proceso progresista y, muy frecuentemente, actúan como agentes del enemigo en el seno del movimiento revolucionario».